

CAPITULO CXLVII.

Ligeros apuntes sobre la arquitectura gótica en España.—Catedrales.—La de Leon.

De igual manera que hemos ido viendo progresar, á la par que se desarrollaban, las sociedades cristianas, nacidas en Covadonga ó en los Pirineos, traduciéndose estos progresos en su cultura intelectual y en su adelanto material, las artes tampoco permanecian estacionarias, segun hemos podido juzgar, y la arquitectura especialmente, revistiendo las formas, mejor dicho, constituyendo la ciencia de aquella época, la sintetizaba mas pacíficamente que cualquier otra clase de arte.

Época en que el espíritu religioso y guerrero lo dominaba todo, los mas grandes monumentos que hemos alcanzado de ella y que nos llenan de admiracion y asombro, porque han resistido impávidos á las injurias del tiempo, y á veces á las de los hombres tambien, son esas magnificas basílicas bien romano-bizantinas, bien góticas, legado de otros tiempos, y en las cuales se refleja por completo el carácter de nuestros antepasados.

Léjos de nosotros la idea de hacer un estudio general de la arquitectura ojival, estudio que seria ajeno á nuestro propósito; únicamente tratamos de dar algunas breves noticias respecto á su nacimiento y desarrollo, toda vez que tan bellos monumentos conservamos de ella en nuestro país.

Verdaderamente debemos decir, que la arquitectura gótica no ha sido otra cosa que la perfeccion completa, enriquecida con todos los detalles del genio, de la romano-bizantina, importada, por decirlo así, con el Cristianismo.

No entraremos nosotros á analizar artísticamente los dos géneros de arquitectura, tanto por ser profanos en el arte, cuanto por considerarlo ajeno á nuestra obra, sin embargo, aun cuando á grandes rasgos, trazaremos su historia, ya que tan ricos recuerdos nos ha legado.

Con la aparicion de Constantino, coincide la aparicion de la arquitectura romano-bizantina.

El Emperador cristiano tomó del decadente arte romano lo que la liturgia y la evangélica verdad consentian, como dice Pifferrer, utilizando en varios casos para templos del Señor, los edificios que habian servido para la administracion de justicia.

«La basílica romana» — dice el escritor á quien hemos aludido, — que asimismo servia de lonja de mercaderes, sencilla ó poco menos que desnuda en su esterior, estendiase sobre una planta rectangular, ya prolongada, ya cuadrada, dividida en su longitud por dos hileras de columnas en tres galerías, de las cuales la central, mas ancha y alta remataba hacia Oriente en un recinto semicircular que sobresalía de aquel lado recto y donde el tribunal residía.»

Esta descripcion se aviene perfectamente con nuestros templos bizantinos, en los que advertimos modificadas notablemente, aquellas naves y aquel crucero con el cual los cristianos materializaban en su edificio el sagrado símbolo de su religion.

A la par que Roma se hundia bajo la ruda planta de los bárbaros, en Bizancio, la capital de Constantino, se agrupaban los restos de las espléndidas y suntuosas fábricas del gentilismo, para formar parte de los templos de la verdadera religion, y el genio oriental, tomando la suya en aquella amalgama, por decirlo así, de detalles artísticos, imprimia un nuevo carácter á la arquitectura cristiana, y santa Sofía vino á demostrar la aparicion del nuevo género que habia de ser la norma para los demás templos de la Cruz.

Al estenderse el Cristianismo por las que hasta entonces fueron provincias romanas, convertidas ahora en reinos independientes, fueron copiando las hordas que los invadieron, á la par que se civilizaban, lo que habian aprendido, y cada una de por sí levantó fábricas en sus respectivos territorios, fábricas que aun cuando copia de lo que vieron en aquellas grandes metrópolis, sin embargo, llevaban impreso ya el carácter de sus costumbres y aun de su misma nacionalidad.

De aquí las denominaciones que tuvo la arquitectura, de Lombarda, á las fábricas de la Lombardia; á las del Norte de Francia, de Carlo-vingia; de Anglo-sajona á la de Inglaterra, y así sucesivamente.

En España los godos hicieron lo mismo que en los demás países; apropiaron los restos de las construcciones romanas á las nuevas que realizaban, y tambien imprimieron en ellas su carácter especial, mas la invasion árabe, destruyendo todo lo existente, hizo desaparecer muchas de aquellas obras, siendo muy raras las que se conservan.

Sin embargo, en las que de aquel horrible naufragio pudieron salvarse, ha podido estudiarse el carácter y la sombría grandeza de aquellos templos.

La elevacion al trono de Francia de Carlo Magno, al principio de la dominacion musulmana en nuestro país, no solamente impidió la total desaparicion de aquellas primitivas iglesias de los godos, sino que legó á las generaciones que le sucedieron preciosos monumentos del arte en las fábricas de pura arquitectura bizantina de que dejó poblado su dilatado imperio.

En Cataluña fue donde mejores recuerdos de esta especie se han conservado, tanto porque de aquella época data la Marca-hispánica, cuanto porque lo mismo Carlo Magno que Ludovico Pio, habian ido sembrando de monumentos todos los países en que establecieron su dominio.

En el resto de los estados cristianos no tan pronto alcanzó el

nuevo adelanto del arte arquitectónico, porque lo mismo en el reino de Asturias que en los principios del de Leon, reducidos á sus pequeños límites, y privados, por lo tanto, de toda relacion con el extranjero, la tradicion goda, como dice un escritor, no fue interrumpida, y efectivamente, en sus fábricas no se advierte alteracion alguna notable hasta el último tercio del siglo IX, debido indudablemente al enlace de D. Alfonso con princesas extranjeras, enlaces que proporcionaron la entrada en nuestro país de personas de otros pueblos que importaban consigo todos los adelantos que el arte iba haciendo en ellos.

Este iba caminando á su completa perfeccion de la misma manera que las sociedades iban tendiendo tambien hacia el progreso, y cuando en el siglo XI comenzaron á difundirse por los monjes los estudios matemáticos, y cuando con las Cruzadas se abrieron comunicaciones entre diversos países, estableciéndose relaciones comerciales entre distintos pueblos, y cuando los conocimientos pudieron apreciar civilizaciones distintas, vemos tambien que la arquitectura, siguiendo aquella progresion ascendente, se presenta en el siglo XII haciendo alarde de una mayor belleza en los detalles, y de una riqueza y un mejor gusto en el conjunto.

A principios de este siglo, la ojiva, admitida al principio de una manera incierta y vacilante en el género romano-bizantino, señala desde luego la época de transicion, tras de la cual vemos ya al género gótico brillar en toda su delicadeza y esbeltez.

De esta época datan esa multitud de fábricas en que á la par que la grandeza, resplandece la elegancia y la delicadeza en todos sus detalles.

«Lo que no puede dejar de causarnos admiracion y asombro mezclado, si se quiere, con orgullo cristiano—dice Lafuente— es el recuerdo de esas grandes creaciones artísticas de la España cristiana de los siglos XII y XIII, de esos grandiosos, magníficos y esbeltos templos góticos; de esas soberbias catedrales de Leon, Burgos, Toledo y Barcelona, de tan bellas y elegantes proporciones, tan ricas de delicados adornos, erigidas en unos tiempos en que las ciencias y las artes yacian aun en tan lamentable atraso. Si la arquitectura á que se debió la ejecucion de tan sublimes concepciones del genio humano, no pereció con la invasion sarracena como las demás artes, antes bien progresó y se perfeccionó hasta el punto de producir esos admirables monumentos, efecto debió ser de la inspiracion religiosa, hija de la devocion y piedad siempre viva de los españoles, y de la práctica constante en la creacion de templos y monasterios, en lo cual y en la guerra, se gastaba toda la vitalidad del pueblo español.»

Efectivamente, asombro causan esas fábricas donde en medio de una época tan ruda y tan azarosa se destacan esos delicados detalles, esas agujas tan esbeltas y graciosas, esos pensamientos tan bellísimos, que aun hoy parecen conservar la misma frescura y belleza con que fueron ejecutados.

Todo el periodo laboriosísimo que llevó la arquitectura romano-bizantina puliéndose, modificándose, adoptándose á las distintas naciones donde llegaba, perfeccionándose y templando la austeridad y desnudez de su forma, lo ganó el género gótico desde el primer momento.

Fue la mariposa, que brotando de repente de su capullo, estendió sus brillantes alas al sol, mostrando de un golpe todos sus encantos.

De igual modo el género gótico exhibió á la par todas sus bellezas, mostró todos sus encantos, ostentó la grandeza en el conjunto y la mas rica belleza en los detalles y asombró con el primor de sus graciosas y elegantes proporciones.

«Puede decirse, que en el estilo ojival todas las formas esenciales fundamentales, son esbeltas, graciosas, aéreas; es el reinado de los pilares airosos y atrevidos, de los arcos apuntados, multiplicados lateralmente, ó superpuestos en cadenas infinitas, cruzados en todas direcciones los unos por los otros; y todo esto imitado y repetido en las mas pequeñas subdivisiones de los mas reducidos ornamentos, dieron á los edificios religiosos, con sus pináculos, sus flechas, sus agujas y sus arcadas, la apariencia de un riquísimo encaje, ostentando toda esa espléndida en el decorado que fue el posterior esfuerzo del arte gótico espirante en el siglo XVI (1).»

Razon tiene el ilustre autor á quien acabamos de citar, y de tal modo los artistas de esa época llegaron á elegantizar, si esta frase podemos usar, los trabajos de aquellas fábricas, que apenas puede concebirse delicadeza tan admirable en la piedra de aquellos soberbios monumentos.

La mayoría de las catedrales de España son obra de esa época, especialmente las mas notables, y en todas encontramos una multitud de bellezas que no nos cansamos de admirar, y que nos hacen creer con Lafuente, que solamente el genio cristiano fue quien pudo inspirarlas.

La catedral de Leon, que es la fábrica que ofrecemos en la presente hoja, es uno de los monumentos mas acabados del género gótico, obra realizada al mediar el siglo XII, precisamente cuando acababa de verificarse la completa revolucion en el arte arquitectónico, sustituyendo el romano bizantino por el ojival ó gótico.

(1) Batisier.—Histoire de l'Art Monumental, pág. 317.



RAIMUNDO LULLIO.

Kiera, Edición: Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXLVIII.

Literatura catalana.—Formacion de esta lengua.—Poesías catalano-provenzales.—Escritores y poetas.—Raimundo Lull.

Con la invasion sarracena toda la civilizaci6n g6tica habia sucumbido, y el siglo VIII fue, por decirlo asi, la negacion de toda cultura para la humana inteligencia.

Las letras, enemigas del fragor de las batallas, aterradas ante aquella 6poca de hierro que acababa de inaugurarse, apenas si pudieron encontrar refugio en los monasterios, y los monjes, 6nicos que sabian leer y escribir, reunian en sus bibliotecas los pocos libros salvados de aquel destructor naufragio, y ellos fueron los 6nicos, como ya hemos espuesto en otro lugar, que escribieron aquellas 6ridas y descarnadas cr6nicas, bases, aun cuando incompletas, de nuestras historias posteriores.

A la par que nacia, se desarrollaba y se iban transformando la lengua y la literatura castellanas, segun ya hemos indicado en otro de nuestros anteriores capitulos, y como en el siguiente ampliaremos mas, nacia tambien y sufria grandes transformaciones otra lengua y otra literatura, que se extendia por una porcion de comarcas, tanto de Espa1a como de Francia, Italia y Oriente.

Esta lengua y esta literatura era la catalana, que habia seguido las mismas fases que en Castilla, y del mismo modo que en la Espa1a central, el latin r6stico fue sufriendo las alteraciones que mas se acomodaban con las condiciones especiales de los habitantes, pudi6ndose conservar por mayor espacio, y guardar cierta pureza respecto al romano primitivo, tanto por haber sido su suelo la primera residencia de los monarcas godos, cuanto por lo corta que fue en este pa1s la dominaci6n 6rabe.

En los siglos X y XI, el lenguaje sufri6 en este pa1s el mismo per6odo de fermentaci6n que en todos los dem6s, y el latin fue desapareciendo para dejar paso 6 aquel nuevo idioma, que como dice un autor de nuestros dias, «con algunas excepciones, asi puede ser el principio del franc6s y del toscano, como del catalan 6 de la lengua de Castilla.»

Y en prueba de ello, en el juramento prestado por Luis II 6 su hermano Carlos el Calvo, en el siglo IX, encontramos una mezcla tan confusa de frases latinas, catalanas y castellanas, que ellas expresan de una manera gr6fica el estado del lenguaje en aquel per6odo, y la extra1a mezcla de elementos heter6geneos que entraban en los de todos los pa1ses, para producir mas tarde el de cada uno en particular.

Debemos decir, sin embargo, que la lengua catalana fue la que mas pronto se fij6, sustituyendo antes que otras al latin.

Al principio, como todas las dem6s neo-latinas, se llam6 tambien romana, pero cuando se consider6 distinta de todas aquellas, lleg6 el momento de imponerse, y tuvo distintas denominaciones, segun el punto de vista bajo el cual la consideraron.

Unos la apellidaron, teniendo en cuenta que Catalu1a comprendia otros pueblos que se hallaban en el lado opuesto de los Pirineos, llegando hasta el Loire, *provenzal*; algunos la denominaron *catalano-provenzal*, otros, *romano-provenzal*; lengua de oc, la dijeron varios, aludiendo 6 las comarcas que se hallan de la parte de ac6 del Loire, y finalmente se le llam6 catalan.

El trovador Ramon Vidal le di6 el nombre de lengua lemosina, que, como opina el Sr. Gebhart, no estuvo bien apellidada.

No nos permite la 6ndole de nuestro trabajo entrometernos en hacer profundos estudios filol6gicos respecto 6 este particular, y como nuestro objeto est6 reducido 6 hacer 6 la par un ligero estudio de los poetas 6 de los escritores que en sus obras han ido castigando el lenguaje, 6 imponiendo en ellas el progresivo adelanto que hacia, diremos que la introducci6n de la poesía provenzal en Catalu1a, sustituyendo 6 la primitiva de este pa1s, ejerci6 una influencia extraordinaria, tanto en el idioma cuanto en las mismas formas po6ticas.

Indudablemente la union de las casas de Provenza y Barcelona, por el enlace de D. Ramon Berenguer el Grande, con D.^a Dulcia, en 1112, di6 gran importancia 6 aquella nueva literatura y lenguaje, por mas que ya estuviera en uso desde muy antiguo.

El per6odo de fermentaci6n continuaba, y como todavía reinaba cierta inseguridad en las formas, f6cilmente podia ejercer influencia una poesía que encontraba una gran protecci6n por parte de los mismos soberanos.

De esta 6poca datan, pues, aquellos trovadores, que cantaron la instituci6n de la caballería, los grandes hechos, las fabulosas haza1as, los ardientes amores y las nobles acciones de esforzados y generosos paladines.

Los trovadores suceden 6 los juglares, siendo diversas las condiciones de los primeros, pues los habia de varias clases y distintos de los segundos, aun cuando intimamente relacionados con ellos, puesto que habia mucha identidad en sus funciones.

El primer per6odo de esta literatura provenzal, podemos fijarle desde 6ltimos del siglo XI hasta mediados del siguiente; y el segundo, 6 el de su mayor apogeo, desde esta 6poca hasta el primer tercio del siglo XIII.

Desde entonces comenz6 6 debilitarse, y aun cuando con los juegos florales de Tolosa se la trat6 de robustecer, ya no era posible conseguirlo, porque al arrimo del feudalismo se habia desarrollado, y al hundirse aquel, forzosamente tenia tambien que sucumbir, como sucedi6.

El primer trovador espa1ol, fue el rey de Aragon, D. Alfonso II, pues, aun cuando antes existieron otros muchos, eran provenzales, por mas que en sus composiciones tomaran asuntos de nuestra patria.

De aquel Monarca se ha conservado una canci6n de amores, aun cuando hay historiadores que le creen autor de otras varias obras, bastante regulares.

Giraldo de Cabrera, y Guillermo de Berga 6 de Bergad6 y Hugo de Mataplana, siguenle despues por rigurosa cronología, pero sobre todo Ramon Vidal de Besalú, alcanz6 mayor fama.

El ilustrado Mil6, en su obra *De los Trovadores en Espa1a*, le considera como el Capmany de su 6poca, 6 como los hermanos Argensolas de la suya.

Guillermo de Tudela, Arnaldo el Catalan, Guillermo de Cervera, Guillermo de Mur, Olivier el Templario y Serveri de Gerona, pertenecen al reinado de D. Jaime I.

Pedro III de Aragon, el valiente guerrero, cuyo reinado fue un incansable pelear, tambien se sirvi6 de la poesía provenzal para entretener sus escasos ocios.

La lengua catalana entre tanto iba foment6ndose, y desde el reinado de D. Jaime I, fu6 ya la lengua de corte, la que se usaba en los instrumentos p6blicos, y en la que escribían ya los s6bios y los poetas.

En aquel reinado de gloriosa memoria, se fundaron escuelas y universidades, y 6 las obras catalanas, que desde el siglo XI existian ya, a1adi6ronse, en el XIII la cr6nica escrita por el mismo Monarca, la de Desclot y la de Muntaner, y tantas otras obras que fuera asaz prolijo enumerar.

La 6poca de desenvolvimiento habia llegado, y la literatura propiamente catalana, se elevaba r6pidamente.

En el siglo XIV, vemos ya 6 D. Pedro IV, el políptico astuto y suspicaz, escribir la cr6nica de su reinado, cr6nica que prosigui6 su consejero Dez-Coll, y en los reinados sucesivos de D. Juan I y de D. Jaime II, nuevos autores y obras nuevas de distintos g6neros, van 6 aumentar el cat6logo de los libros catalanes.

Dos grandes lumbreras tuvo ya el siglo XIII con los dos fil6sofos Raimundo Lull 6 Lulio y Arnaldo de Vilanova, que hemos reservado para dedicarles un p6rrafo especial.

«Fueron los mas eminentes varones de aquel tiempo, — dice un autor contempor6neo, — tan fecundo por otra parte en hombres grandes para la naci6n catalana,» y ambos han sido objeto de acaloradas discusiones y de apasionadas censuras.

Raimundo Lull vi6 la primera luz en Palma en el a1o de 1235, mostr6ndose en los primeros a1os, mas como apasionado trovador, que como eminente fil6sofo.

Prendado locamente de una dama genovesa, parece que, 6 bien por las amonestaciones de esta, 6 por ver su pecho corroido por un c6ncer, 6 por la propia voz de su conciencia que le acusara por su desordenada vida, se apart6 por completo de aquella senda, y se consagr6 exclusivamente 6 Dios y al estudio.

Reserv6 de su patrimonio una parte para su esposa y sus hijos, vendi6 el resto, visti6 el sayal del penitente, y despues de haber visitado Monserrat y Santiago de Galicia, regres6 6 su pa1s 6 cumplir lo que se habia propuesto.

Allí se entreg6 al estudio y 6 la devoci6n, y en los veinte y seis volumenes que escribi6 sobre todas las materias divinas y humanas, dej6 un monumento imperecedero 6 su patria, y mucho en que estudiar 6 sus sucesores.

Su *Arte Magna* fue cuidadosamente estudiada por Leibnitz, y en aquellos libros se encuentra ya la menci6n de la aguja imantada, pues, Lull, como todas las celebridades de su tiempo dedic6se tambien 6 la alquimia, crey6ndose por algunos que fue el inventor del 6cido nitrico, aun cuando otros se lo atribuyen 6 Arnaldo de Vilanova.

Raimundo Lull fue martirizado en Bugia en el a1o de 1315, por haber predicado el Evangelio.

Arnaldo de Vilanova, que floreci6 entre el siglo XIII y el XIV, era un fil6sofo y un m6dico distinguido. Dedicado al estudio de las lenguas y de las ciencias, nada le detuvo en su camino, y fu6 6 establecerse en Paris, donde se dedic6 6 la medicina y 6 la astrología.

Su pasi6n por esta, le llev6 al extremo de hacerle incurrir en gravísimos errores, que la universidad de Paris no pudo menos de condenar, y que le atrajeron graves persecuciones.

Sin embargo, consta, que antes de morir se retract6 de todos ellos, y segun Campegio, ningun otro como 6l penetr6 de una manera tan profunda todos los secretos de la naturaleza.

Historiadores, escritores asc6ticos, fil6sofos y hombres de ciencia brotaban sin cesar en el suelo catalan, y si 6 enumerarlos fu6ramos, necesitaríamos un espacio del que no podemos disponer.

Para terminar esta breve rese1a diremos, que de igual manera que en Castilla, el siglo XV habiase mostrado fecundo en poetas como Jorge Manrique, el marqués de Santillana y Juan de Mena, en Catalu1a, por esa misma 6poca floreci6 Ausias March y Mosen Jordi, cuya fama no ha sido el tiempo bastante poderoso para debilitar.



Ausias March. Jorge Manrique. Inigo Lopez de Mendoza. Juan de Mena.

POETAS DE LA EDAD MEDIA.

Mena, Editor: Barcelona, Robador: 24 y 25.